

Antonio Ignacio MOLINA MARÍN, *Geographica: ciencia del espacio y tradición narrativa de Homero a Cosmas Indicopleustes* (Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía 27), Murcia, Universidad de Murcia, 2011, 555 pp. [ISSN: 0214-7165].

Hace casi diez años, el profesor Gonzalo Cruz Andreotti apuntaba que “los estudios de Geografía Histórica o Historia de la Geografía no cuentan con una sólida tradición en nuestro país” (en F. Prontera, *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia en la Grecia Antigua*, Málaga, CEDMA, edición y traducción de G. Cruz Andreotti, 2003, 9). Desde entonces, afortunadamente, esta parcela de la Antigüedad ha conocido un auge más que notable en el ámbito universitario español. Fruto palpable de este avance es la aparición de la primera monografía en lengua española dedicada a la literatura geográfica griega y latina (p. 16).

El voluminoso estudio se abre con una introducción (pp. 17-43) en la que quedan recogidas unas notas, aunque no por conocidas menos necesarias, a propósito del carácter literario y agonal de la disciplina geográfica en la Antigüedad y de las particularidades intrínsecas a la misma, al tiempo que apunta su vinculación con otros ámbitos como la historia, la religión, la mitología o la filosofía y la incontestable ligazón entre expansionismo político y avance del conocimiento de la ecúmene.

Avanzando en el texto, la primera parte del libro, centrada en la época arcaica, arranca con un capítulo titulado “La geografía en la época heroica: la primera tradición” (pp. 47-61) en el que se hace hincapié en el papel de Homero y Hesíodo como gestores de las incipientes descripciones de territorios, reales o mitológicos, que pasarán a formar parte del imaginario colectivo griego. Las colonizaciones (pp. 63-74) harán posible el descubrimiento de nuevos espacios que serán adaptados al prisma heleno siendo fundamentales, en lo que al conocimiento geográfico se refiere, el freno impuesto por el avance cartaginés en Occidente y el nacimiento del concepto de alteridad al entrar en escena el Imperio Persa. De este modo, en “Jonios a la sombra del Gran Rey: imperialismo y geografía” (pp. 75-90) vemos cómo las inquietudes de Anaximandro, Hecateo, Escilax y Ctesias propician el nacimiento de la cartografía y sientan las bases de la existencia “del otro” como medio para definir la identidad griega.

Será en la época clásica –protagonista de la segunda parte– cuando se viva la eclosión definitiva de este fenómeno. Así, el capítulo cuatro profundiza en la cuestión al tratar sobre “Geografía y etnografía en época clásica: el descubrimiento de la alteridad” (pp. 93-124). El triple mecanismo herodoteo utilizado para forjar la imagen “del otro”, fundado en los conceptos de inversión, diferencia y analogía, y la asunción de la esfericidad de la tierra se constituirán en los hitos de la Grecia de los siglos V y IV. Al mismo tiempo, la curiosidad intelectual de los filósofos hará avanzar la geografía matemática, aunque no la etnografía, frenada por el atavismo y el deseo de control de las élites. Condicionada será, también, la visión que brinden los compañeros de Alejandro. En “Geógrafos y geografía en el imperialismo macedonio: autopsia vs tradición” (pp. 125-154), Molina defiende que, en última instancia, será el propio monarca macedonio el responsable de muchos de los errores de apreciación geográfico-

espaciales achacables a los testigos de sus hazañas, del mismo modo que el peso de una secular herencia, sobre todo homérica, se habría impuesto en sus narraciones aun a expensas de contradecir sus propias experiencias vitales.

Abre la tercera parte del libro un repaso a la nómina de autores que, siguiendo la senda abierta por Alejandro, dan testimonio de sus viajes (pp. 157-172). Entre todos ellos, se presta especial atención a Piteas y a la controversia que, ya en la Antigüedad, generó su viaje a Thule. Todas estas narraciones serán la antesala de los grandes geógrafos helenísticos (pp. 173-222): Aristarco, Eratóstenes, Hiparco, Crates de Malos, Agatárquides, Polibio, Artemidoro y Posidonio. En los escritos de los tres primeros, la preponderancia de la abstracción geométrica y matemática dará pie a una geografía ciertamente desvinculada de los relatos de viajes y de la paradoxografía. Sin embargo, el alto grado de especialización de sus trabajos, basados en un método experimental, los harán de difícil inteligibilidad para el gran público. Al mismo tiempo, el lastre de los antiguos modelos exegéticos y de la herencia homérica frenarán el avance de esta concepción geográfica y, por extensión, de la ciencia en general. La irrupción de Roma en este marco cultural no hará sino darle el impulso definitivo a la geografía descriptiva y literaria.

La ponderación de la impronta griega en el desarrollo de la disciplina geográfica y el uso de la cartografía como elemento propagandístico durante la República y el Imperio romanos ocupan los dos primeros apartados del cuarto bloque temático (pp. 225-240; 241-256). Desde sus orígenes, Roma puso en marcha toda una serie de recursos conducentes al control práctico y cotidiano de los territorios conquistados, cuyos mejores exponentes son la construcción de una imponente red viaria y miliaria y el escrupuloso trabajo de los agrimensores. No obstante, y a pesar del afán propagandista de César y Augusto y de sus intentos por plasmar, de forma gráfica, los espacios conquistados, los esquemas mentales utilizados para la descripción de las regiones anexionadas seguirán siendo, en opinión del autor, marcadamente helenos. De otro lado, la *Geografía* de Estrabón, la *Corografía* de Pomponio y la *Historia Natural* de Plinio –a las que está consagrado el décimo epígrafe (pp. 257-282)– ponen de manifiesto cómo el constante avance militar, comenzado en época alejandrina y culminado en época alto-imperial, llevará aparejados la aspiración de realizar el inventario del mundo y el florecimiento de la corografía, al quedar la geografía definitivamente ligada al ecumenismo político. Cambiando de registro, el capítulo once (pp. 283-309) se interesa por el rol desempeñado por las descripciones geo-etnográficas en la obra de los grandes historiadores latinos, insistiendo en la falta de capacidad de estos últimos para renovar los planteamientos helenísticos. De igual manera, aunque bien que desde otro enfoque, los escritos de Claudio Ptolomeo (pp. 311-321) a pesar de su singularidad –al servirse de coordenadas de localización cartográfica– no dejan de beber de lo apuntado por Hiparco y Marino de Tiro y han de ser interpretados como el comienzo del declive de la disciplina geográfica. Los periplos y los relatos de viajes (pp. 323-335) no hacen sino abundar en esta idea, al hacerse recidivante su dependencia del pasado, que es reinterpretado de manera manierista. Finalmente, una coda a propósito del *Itinerario Antonino* y de la naturaleza y peculiaridades de la *Tabula Peutingeriana* (pp. 337-342) sirve de cierre a esta cuarta parte del libro.

El último bloque, centrado en la Tardoantigüedad, comienza con el categórico epígrafe “El estado de la ciencia en el siglo IV: pérdida de vigor de la razón” (pp. 345-370). El paulatino, aunque imparable, auge del cristianismo y su posterior imposición como único culto imperial traerán como consecuencia un inmovilismo científico total ante la certeza absoluta que imponen las Sagradas Escrituras, acarreado el fin de la *polymatheia* y, por extensión, de la disciplina geográfica. La plasmación práctica de este estancamiento serán las cosmografías de autores como Macrobio o Julio Honorio y los itinerarios como el *Anónimo de Rávena* o la *Expositio totius mundi*, que no hacen sino reflejar la concepción hodológica y administrativa del espacio ya pergeñada en época alto-imperial (pp. 371-377). Siguiendo con la historiografía cristiana, el capítulo diecisiete (pp. 379-397) dedica unas pinceladas a Solino, Eusebio de Cesarea, Orosio, Jordanes, Isidoro y Beda en cuyas obras, en opinión de Molina, se atisban las dificultades que tienen que afrontar los intelectuales del nuevo credo para casar sus esquemas dogmáticos con la cultura pagana, siendo la geografía uno de los campos que mayores escollos les plantea. Igualmente, la expansión de las nuevas creencias traerá de la mano un desplazamiento del centro de la ecúmene. Si, hasta el momento, Grecia y Roma habían sido los puntos centrales de la civilización, ahora será Jerusalem, y la *Peregrinatio* a los Santos Lugares dará lugar a una literatura de viajes (pp. 399-408) en la que la autopsia será claramente desbancada por el misticismo. Cosmas Indicopleustés (pp. 409-422) representará el culmen de esta corriente. Las páginas de su *Topografía cristiana* destilan la contradicción a la que se enfrenta al intentar unir, a todo precio, los principios que le inculca su fe y los dictados de su experiencia y de su razón. En la producción geográfica posterior a Cosmas (pp. 423-439) no se verá variar los paradigmas greco-latinos que se seguirán repitiendo, con mayor o menor fortuna, hasta la época de los grandes descubrimientos; aunque no será la ampliación de los territorios conocidos sino la aceptación de nuevos parámetros culturales e interpretativos lo que posibilitará el avance de nuestra disciplina. Cierra este último bloque un capítulo (pp. 441-456) en el que, a modo de reflexión final, el autor vuelve a insistir en la concepción de la geografía antigua como género literario y la influencia que sobre ella ejercen la mimesis y la tradición.

Saliendo ya, del contenido de la monografía, no querríamos poner punto final a esta reseña sin hacer algunas matizaciones. Desde nuestro punto de vista, la estructura argumentativa del texto resulta, en ocasiones, algo confusa, ya que mezcla el tradicional esquema cronológico autor-obra, utilizado en la mayoría de los capítulos (así en los capítulos uno, tres, cuatro, siete, nueve, diez, doce, trece, catorce, dieciseis, diecisiete, dieciocho y diecinueve), con la exposición regional (como en el capítulo once) o temática (véanse, por ejemplo, los capítulos dos, ocho o quince). De la misma forma, también nos llama la atención que haya un capítulo, concretamente el diecinueve, que no se cierre, como todos los restantes, con una conclusión. Por otra parte, hemos detectado, a lo largo del texto, erratas orto-tipográficas, algunos solecismos (valgan de ejemplo las páginas 208, 211, 213, 217, 218, 220, 222, 319, 320, 328, 352, 369, 394, 395, 400, 406, 407, 429 o 443) e, incluso, equivocaciones con respecto a la numeración de las ilustraciones (en concreto, en las páginas 411 y 429 se hace referencia a un número de ilustración que no se corresponde con la imagen que se cita en

el cuerpo de texto), que bien podrían haberse evitado con una revisión más cuidadosa del manuscrito por parte del autor.

No obstante, creemos que todas estas puntualizaciones no restan mérito a un autor que se ha atrevido a intentar sintetizar, desde el análisis y no desde la mera descripción, la evolución seguida por la disciplina geográfica durante más de diez siglos.

Encarnación CASTRO PÁEZ
Universidad de Cádiz
encarnacion.castro@uca.es

Mathilde SIMON, (ed.), *Identités Romaines. Conscience de soi et représentations de l'autre dans la Rome Antique (IV^e siècle av. J.C. – VIII^e siècle apr. J.C.)*, (Études de Littérature Ancienne 18), Paris, Éditions Rue d'Ulm/Presses de l'École normale supérieure, 2011, 288 pp. [ISBN: 978-2-7288-0449-8].

La monografía versa, como reza el título, sobre identidad, un concepto propio de las corrientes postmodernistas que está ya sin duda fuertemente arraigado en la moda imperante en nuestra disciplina científica. Lo sugestivo de este libro es cómo se examinan diferentes modos de entender ese concepto de identidad y de estudiarlo desde diferentes visiones, con mayor o menor incisión real o teórica en dicho tema, pero al fin y al cabo con puntos de vista diferentes y sin duda muchos de ellos interesantes.

Amparada en el seno de una de las entidades francesas más prestigiosas, la École normale supérieure, promete ser una obra de calidad, como así se puede corroborar con el nivel de sus textos. Mathilde Simon coordina esta obra que acomete y enfoca este tema desde una perspectiva eminentemente filológica, apoyándose en fuentes clásicas, artísticas y epigráficas para interpretar varios aspectos sobre la creación de identidades contrastadas o determinadas situaciones de alteridad en Roma hasta la alta Edad Media.

Así pues, esta monografía se subdivide en dos partes. La primera, “La formation de l'identité romaine”, aborda diferentes parámetros en referencia al concepto de romanidad y cómo se fue formando a través de diferentes estrategias. La segunda parte, “L'identité de l'Autre”, alude a la alteridad como forma de reafirmación identitaria y diferentes situaciones donde se pueden percibir estas identidades contrastadas.

La primera parte se subdivide, a su vez, en tres bloques. El primero, “L'appropriation de la culture grecque”, lo inicia Évelyne Prioux con “Un imitateur de Meléagre à Pompéi: identité poétique d'un anthologiste à fin de la République”, en donde mediante el estudio de las pinturas de la exedra del peristilo de la casa V, 1, 18 de Pompeya y tres epigramas existentes sobre el panel central de estos frescos, realiza un análisis de conjunto. Las relaciones iconográficas representan un episodio de la vida de Homero en el espacio central de la exedra e irrumpe un repertorio de motivos dionisiacos. Esta inesperada y explícita alusión a un poeta, focaliza la visión y lo pone